

EL TÍO GORIOT

Le père Goriot

Honoré de Balzac, 1834

Novela escrita en diciembre de 1834 para la *Revue de Paris* y publicada como libro en marzo de 1835. Tuvo un gran éxito. Narra la aventura sentimental de un joven de provincias que logra su ambición de introducirse en la más alta sociedad parisina. Su hazaña no tiene mucho mérito, ya que el autor lo favorece con el parentesco de una dama destacada de la nobleza y una inverosímil suerte en la ruleta. Aun así, Balzac elige *All is true* (Shakespeare) como lema para esta obra.

La versión aquí comentada es la traducción que Cansinos-Asséns hizo para Aguilar. Cansinos prefiere acompañar el nombre del protagonista con el apelativo *tío* en lugar de *padre*. El lenguaje resulta hoy anticuado: “Me asombra *la mar* que estés tan poco enterada” [53], “Comerciantes ricos, *ganosos* de cederles sus hijas” [64], “Cuando eso me dice, yo me *engollipo*” [141], “¡Pardiez!” [153], Vautrin se dirige a Eugenio llamándole “chiquito”, “pollo”, “hijito”, “querido mocito” [72/...]. Algunos giros son desusados, como “en estando con nosotros” [145] o irreconocibles: “todos los hermanos *pimpean* a sus hermanas” [75]. A este respecto, Rodríguez Rivero escribe que “cada generación debería disponer de su propia traducción de los grandes clásicos de la literatura. No podemos seguir leyendo a Balzac en las traducciones del proteico Cansinos-Asséns. Y no porque sean malas. Algunas son difíciles de superar, pero se han quedado viejas, su lenguaje ya no es el nuestro.” Babelia 12/06/1999

Otra costumbre de la época era castellanizar los nombres de pila originales. En esta versión, *Eugène* es Eugenio, *Delphine* es Delfina, *Anastasie* es Anastasia, *Victorine* es Victorina, *Laure* es Laura, *Frédéric* es Federico...

En estos extractos, los números entre corchetes indican la página en que se encuentra el párrafo indizado, según la publicación de Ediciones Orbis, 1990.

Extractos de la novela

“Madame Vauquer, De Conflans de soltera, es una señora de edad que hace cuarenta años regenta en París una pensión burguesa establecida en la rue Neuve-Sainte-Genève, entre el barrio Latino y el *faubourg* Saint-Marceau [...] En 1819, época en que se inicia este drama [7].”

Tras esta introducción, el autor plantea algunas dudas respecto al alcance de su mensaje: “¿Hallará comprensión fuera de París? Lícito es dudarlo. Las particularidades de esta escena sólo pueden ser debidamente apreciadas en ese ilustre valle colmado de sufrimientos verdaderos y goces con frecuencia falaces.” En cualquier caso, Balzac cree que “al terminar la obra puede que se hayan vertido algunas lágrimas intramuros y extra.” Aunque “luego de haber leído los secretos infortunios del tío Goriot cenaréis con apetito, cargando vuestra insensibilidad en la cuenta del autor, al que tildaréis de exagerado y acusaréis de poeta. Pero ¡ah!, sabedlo bien: este drama no es ni una ficción ni una novela. *All is true* [7/8].”

El lector es acercado al escenario en círculos cada vez más próximos: el

barrio, “Las casas son lóbregas y los muros huelen a cárcel [...] No hay en todo París barrio más horrible [8]”; la maison Vauquer, “Esa primera habitación exhala un olor sin nombre en el idioma y que habría que denominar *olor a casa de huéspedes*. Huele a cerrado, a enmohecido, a rancio; da frío, produce una impresión de humedad en la nariz y penetra en las ropas. Quizá se le pudiese describir si se inventase un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que allí arrojan las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped. [El mobiliario] es viejo, decrepito, podrido, temblequeante, roído, manco, tuerto, inválido y expirante. En una palabra: allí reina la miseria sin poesía [10].”

Una vez dentro de la pensión, Balzac describe los personajes, empezando por Madame Vauquer, “rechoncha como rata de iglesia; [destacando] sus arrugados ojos, cuya expresión pasa de la forzada sonrisa de las bailarinas al amargo ceño del usurero; en una palabra: toda su persona explica la pensión, igual que la pensión implica su persona [10].” Luego, madame Couture, con la que vivía “una muchachita muy joven llamada Victorina Taillefer, con la que hacía de madre [12] Aquella desdichada joven semejava un arbusto recién plantado en un terreno adverso [...] Era bonita por yuxtaposición. Feliz, habría resultado encantadora [14].” La sigue demoiselle Michonneau, cuya “blanca mirada daba frío, su cara chupada amenazaba [,] llevaba sobre sus ojos fatigados una mugrienta visera de tafetán verde montada en alambre que habría espantado al ángel de la Piedad. ¿Qué ácido habría despojado a aquella criatura de sus formas femeninas? ¿Habrían sido el vicio, las penas o la ambición? ¿Habría amado con exceso, habría sido ditera [persona o efecto que se señala como garantía de un pago] o simplemente cortesana? [13].”

Entre los hombres, destacan el joven estudiante Eugenio de Rastignac y Vautrin, sólido, resolutivo y que parece entender de todo: “A menudo, una salida digna de Juvenal dejaba suponer que le guardaba rencor al estado social [16].” En el tercer piso, se alojaba “un ex fabricante de fideos, pastas italianas y almidón que se hacía llamar tío Goriot [12].”

“Aquellos huéspedes hacían presentir dramas consumados o en vías de consumarse. [...] Casi todos mostraban caras borradas como las efigies de los escudos retirados de la circulación [13].” “Entre los dieciocho comensales había, como en los colegios, como en el mundo, una pobre criatura a la que todos daban de lado, un hazmerreír sobre el que llovían las bromas. [...] Aquel Juan Lanas [don nadie] era el fabricante de fideos, el tío Goriot [17].” Cuando llegó a la pensión, recién retirado de sus negocios, lo llamaban monsieur Goriot, y madame Vauquer, viendo el vestuario y algunos títulos de su huésped, incluso se había hecho la ilusión de perder su condición de viuda. Pero no se le ocurrió otra cosa que confiar sus planes a madame de L’Ambermesnil, otra inquilina, que trató de hacerse con el viejo para sí, y que, al verse rechazada por Goriot, urdió todo tipo de chismes en contra del buen hombre. Calumnias que fueron creídas a pies juntillas por la Vauquer, pues esta mujer “se parecía a muchas personas que desconfían de sus allegadas y se entregan al primero que llega. Fenómeno moral extraño, pero verdadero, cuya raíz es fácil de hallar en el corazón humano. Puede que ciertas personas no tengan ya nada que ganar con aquellas en cuyo seno viven; luego de haberles mostrado el vacío de su alma, siéntense juzgadas en secreto por ellas con severidad; pero como experimentan una necesidad invencible de aquellas lisonjas que les faltan, o se las come el ansia de aparentar que tienen aquellas buenas cualidades que no tienen, esperan sorprender la estimación o el corazón de quienes les son extraños, con riesgo de perderlo también un día [20].”

“Como todos los espíritus estrechos, tenía madame Vauquer la costumbre de no salir del círculo de los acontecimientos ni juzgar sus causas. Gustaba de echar a los demás la culpa de sus yerros [20].” Goriot fue esta vez la cabeza de turco. “No guardó su odio relación con su amor, sino con sus esperanzas burladas. Dedicose a desacreditarlo e hizo que sus otros huéspedes compartieran su antipatía a Goriot y por divertirse secundaron aquéllos sus venganzas. Desde entonces no le llamó ella más que el tío Goriot [así, la sustitución del tratamiento de *monsieur* por el de *père* confiere al personaje un sentido peyorativo]. Aquel tan distinguido comerciante pasó a ser un bribón [22].” Para remachar el clavo, las visitas periódicas de unas mujeres jóvenes disparan los chismorreos, que parecen confirmarse con el deterioro del nivel de vida y del aspecto físico de Goriot: “El burgués craso y gordo, lozano de puro imbécil, cuyo aspecto alegrete regocijaba al transeúnte, parecía un septuagenario alelado, decrepito, lívido [24].”

Valiéndose de la rama adinerada de su familia, Eugenio de Rastignac se introduce en la sociedad parisina. En casa de su prima, la vizcondesa de Beauséant, conoce a la condesa Anastasia de Restaud. Al día siguiente cuenta su aventura en la pensión: “Estaba rabiosamente bella. No hay nada más bello que una fragata a la vela, un caballo al galope y una mujer bailando [35].” Vautrin hace algunos comentarios despectivos contra las mujeres que “cuando sus maridos no pueden costearlas su lujo desenfrenado, se venden [35].” Estas palabras llenan de consternación a Goriot, porque Anastasia es su hija. Pero Vautrin no sólo se muestra escéptico respecto a la condición femenina: “Tenga usted la mala suerte de afanar cualquier cosilla y lo exhibirán en la plaza del Palacio de Justicia como a un bicho raro. Pero robe usted un millón y lo señalarán en los salones como a una virtud [37].”

Ansioso por saber más de la condesa, Eugenio decide visitarla. Otro joven que lo ha precedido aguarda su turno. Al cabo de un rato sale Goriot, al que Anastasia despide con un beso. El turno es para el otro joven, pero Eugenio, dispuesto a molestar, se cuela con él, creando una situación embarazosa que se resuelve con la llegada del conde de Restaud, el marido de Anastasia, cuyo abuelo fue amigo del tío abuelo de Eugenio. “El malicioso estudiante derrochaba ingenio con monsieur de Restaud, le seguía la corriente o lo embarcaba en discusiones, con el fin de volver a ver a la condesa [45].”

Cuando el rival se marcha, Eugenio comete la torpeza de mencionar al *tío Goriot*, tratamiento que ofende a los anfitriones. Sin esperar más, el joven se despide. Dispuesto a resolver el misterio de la relación entre Goriot y Anastasia, se dirige a casa de su prima. El momento es propicio, ya que la vizcondesa acaba de ser abandonada por su amante habitual, el marqués de Ajuda-Pinto.

Entre su prima y madame de Langeais resuelven las dudas de Eugenio: Goriot hizo su fortuna como estraperlista en tiempos revolucionarios: “Fue presidente de su sección durante la Revolución; estuvo en el secreto de la famosa carestía y empezó vendiendo sus harinas diez veces más caras de lo que le costaban. Iba, sin duda, a la parte con el comité de Salud Pública. Ese *Loriot* [así lo llama despectivamente] que les vendía trigo a los cortadores de cabezas, sólo ha tenido una pasión en su vida: [sus dos hijas, que injertó con un barón y un banquero]. Bajo el Imperio, ambos yernos no llevaron demasiado a mal lo de contar en su familia con ese viejo Noventa y tres; con Buonaparte, eso todavía podía pasar. Pero, al volver los Borbones, el buen hombre molestaba. Las hijas trataban de nadar y guardar la ropa y conciliar al padre

con el marido. [Pero él] vio que sus hijas se avergonzaban de él y se sacrificó, porque para eso se es padre, y se desterró a sí mismo.” Oyendo esto, al joven se le escapaban las lágrimas [55].

Cuando madame de Langeais se marcha, la vizcondesa medita sobre el drama de Goriot y sobre el suyo propio, vertiendo sus conclusiones sobre su primo: “Pues bien, monsieur de Rastignac: trate usted a este mundo como se merece que lo traten. ¿Quiere usted llegar? Pues yo lo ayudaré. Cuanto más fríamente haga usted sus cálculos, tanto más avanzará. Hiera usted sin piedad y será temido [57].” Luego, le revela la envidia de Delfina, hija menor de Goriot, por su hermana, casada con un noble. “Madame de Nucingen lamería todo el barro que hay entre la rue Saint-Lazare y la rue de Grenelle con tal de ser admitida en mi salón. Si usted me la presenta lo adorará. Ámela usted luego si puede y, si no, sírvase de ella. Usted se ha cerrado la puerta de la condesa por haber mentado allí al tío Goriot. Pues bien: haga usted que el tío Goriot lo presente a madame Delfina de Nucingen. Sea usted el hombre que ella distinga y sus rivales, sus amigas, querrán quitárselo. Hay mujeres que aman al hombre ya elegido por otra, lo mismo que hay pobres burguesas que, al ponerse nuestros sombreros, se hacen la ilusión de adquirir nuestros modales. Yo le doy mi nombre como un hilo de Ariadna para entrar en ese laberinto. No lo comprometa usted [58].”

De vuelta a la pensión, Rastignac “pasó a aquel comedor nauseabundo, donde vio, como animales en un pesebre, a los dieciocho comensales atracándose. El espectáculo de aquellas miserias hízole una impresión horrible. Era harto brusca la transición y harto completo el contraste para que no se le desarrollase sobremanera el sentimiento de la ambición [59].” Durante la comida se enfrenta a Vautrin en defensa del nombre de Goriot: “Vale él solo más que todos nosotros juntos.” Su revelación de que el viejo es padre de una condesa y de una baronesa hace cambiar la disposición de ánimo de los huéspedes hacia Goriot [59].

Rastignac escribe a su madre: “Querida mamá: Mírate a ver si tienes una tercera teta que ofrecerme. Necesito mil doscientos francos a toda costa. Si no contara con ese dinero, sería tal mi desesperación como para pegarme un tiro. Si tienes interés en conservarme la vida que me diste, tienes que procurarme esa cantidad.” Tras una somera exposición de sus planes, sugiere: “Vende alguna de tus antiguas alhajas, que pronto yo te proporcionaré otras.” Luego escribe sendas cartas a sus dos hermanas, pidiendo que le envíen sus ahorros en secreto. “¡El corazón de una hermana es un diamante de pureza, un abismo de ternura!, se dijo.” Con tan grandes expectativas, “el estudiante dejó ya de estudiar: reservaba sus estudios para las vísperas del examen [61/62].”

Balzac aporta nuevos detalles sobre el pasado de Goriot, que no explican cómo fue a parar a la pensión de madame Vauquer: “Metiérase allí por efecto de la desesperación que le entrara al ver a sus dos hijas, obligadas por sus maridos, negarle acogida en sus casas [63].” Habrá que suponer que vendió su casa para seguir proporcionando dinero a sus hijas.

Eugenio recibe la carta emocionada de su madre, modelo de prudencia y de cariño [65] y la no menos cariñosa, aunque alegremente despreocupada, de su hermana Laura. Ambas acompañadas del dinero pedido: mil quinientos cincuenta francos. El autor aprovecha la circunstancia para describir el diferente ánimo de los jóvenes según se encuentren con o sin dinero en el bolsillo.

Rastignac y Vautrin están a punto de enfrentarse en un duelo a pistola, pero el bravucón, inesperadamente, se dirige al joven con aire paternal: “Le resumiré mi vida anterior en tres palabras. ¿Quién soy? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. ¿Quiere usted conocer mi carácter? Pues soy bueno con los que se portan bien conmigo o cuyo corazón me hace tilín. Pero, por vida de..., soy malo como el demonio con aquellos que me hostigan o no me caen en gracia. Y no estará de más que sepa usted que a mí se me da tanto de matar a un hombre como de esto... –y lanzó un escupitajo–. Yo soy lo que ustedes llaman un artista. He leído las *Memorias* de Benvenuto Cellini. He aprendido de ese hombre a imitar a la Providencia, que nos mata a tontas y a locas, y a amar lo bello dondequiera se encuentre. He reflexionado mucho sobre la actual constitución de vuestro desorden social. Chiquito [72], yo voy a abrirle los ojos sobre la situación en que se encuentra. Usted necesita un millón y yo soy quien va a dárselo [73].” Luego de hacer una detallada radiografía de la casa Rastignac [¡hasta el mínimo detalle!], Vautrin se burla del futuro de Eugenio como letrado: “Ládrales a los ladrones, aboga por los ricos, haz guillotinar a hombres de corazón [74].” Nada merece su aprobación: “La corrupción abunda, el talento escasea. Verá usted mujeres cuyos maridos tienen seis mil francos de sueldo y que gastan más de diez mil en trapos. Verá empleados con mil doscientos francos al año que compran tierras. Verá a señoras prostituirse para subir en el coche del hijo de un par de Francia [75]. El hombre honrado es el enemigo común. No me refiero a esos pobres ilotas que son en todas partes los burros de carga y a los que yo llamo la cofradía de las chancletas de Dios. Seguro que ahí está la virtud en toda la flor de su idiotez, pero también la miseria. Si quiere usted hacer rápidamente fortuna, tiene que ser ya rico de por sí o parecerlo. Ahí tiene la vida tal y como es. ¿Y cree usted que lo censuro? Nada de eso. Siempre fue así. Los moralistas no lo cambiarán nunca. El hombre es imperfecto. Yo no acuso a los ricos a favor del pueblo. ¡El hombre es el mismo arriba, en medio o abajo [...] Yo tengo una idea: la de irme a vivir una vida patriarcal en una gran finca en los Estados Unidos, en el Sur. Pienso hacerme allí plantador, tener esclavos, vivir como un rey haciendo mi santa voluntad [76].” Y continúa: “Yo soy un gran poeta, pero no escribo mis poesías; consisten en actos y sentimientos. Poseo en este instante cincuenta mil francos, que apenas me darían para cuarenta negros. Necesito doscientos mil francos, porque quiero doscientos negros para satisfacer mi gusto por la vida patriarcal. Los negros son enteramente niños, de los que hace uno lo que quiere sin que ningún procurador meta la nariz en ello [...] En resumen: si yo le busco a usted una dote de un millón, ¿me dará usted doscientos mil francos? [...] ¡No se asombre usted de lo que le propongo! De sesenta buenos matrimonios que se celebran en París, cuarenta y siete son objeto de tratos como éste [77].”

Rastignac acepta y Vautrin revela su plan: enamorar a Victorina Taillefer, víctima de su padre. “A mí, como a don Quijote, me gusta salir en defensa del débil contra el fuerte. Si la voluntad de Dios fuese quitarle a Taillefer su hijo, volvería a acordarse de su hija [...] Yo me encargo de hacer el papel de Providencia, de hacer que quiera el buen Dios [78].” Ante el gesto de repulsa de Rastignac, Vautrin le pregunta si es mejor sembrar la cizaña entre dos hermanas para subir un peldaño, como Eugenio piensa hacer. “Un hombre que se jacta de no cambiar nunca de opinión es un hombre que se impone el marchar siempre en línea recta, un cretino que cree en la infalibilidad. Y no hay principios, sino acontecimientos; no hay leyes, sino circunstancias; y el hombre superior adopta los acontecimientos y las circunstancias para conducirlos [78].”

Cuando Vautrin se aleja, Eugenio pondera las palabras del canalla. “Todo el mundo cree en la virtud; pero ¿quién es virtuoso? Querer ser grande o rico ¿no es tanto como decidirse a mentir, doblegarse, arrastrarse, adular, disimular?” Glosando estos pensamientos, el autor declara que “eso que los moralistas llaman los abismos del corazón humano son únicamente los falaces pensamientos, involuntarios impulsos del interés personal, cálculos hechos en provecho de nuestros goces [81].”

En los días siguientes, Eugenio y Goriot traban una “secreta amistad [que] obedecía a esas mismas razones psicológicas que engendraran sentimientos contrarios entre Vautrin y el estudiante [81].” Mientras Eugenio pasea por las Tullerías, “fijáronse en él algunas mujeres. ¡Era tan guapo, tan joven y de una elegancia tan de buen gusto! Al verse blanco de una atención casi admirativa no pensó ya en sus hermanas, ni en su expoliada tía, ni en sus virtuosas repugnancias. La palabra de Vautrin habíasele alojado en el corazón: ‘Oro y amor a raudales!’ [82/83].” Y Rastignac decide que “es menester, como dice Vautrin, hacerse bala de cañón [83].” Esa noche cena con su prima, madame de Beauséant, que lo lleva a los Italianos, donde el joven “creyó vivir un cuento de hadas [85].” Allí es presentado a Delfina de Nucingen, con la que mantiene una conversación prometedora, y amplía su círculo a “cuatro amistades de categoría [89].” Al volver a la pensión, Eugenio cuenta el encuentro al tío Goriot. Dos días después, es invitado a cenar en casa de los Nucingen. Cuando llega, la baronesa está sola y “en pleno trance de desesperación [97].”

Delfina entrega cien francos a Eugenio para que vaya a jugar a la ruleta y consiga los seis mil que necesita. “Tomó Eugenio el lindo bolsito, corrió [hasta] la timba más próxima. Sube a ella, déjase coger el sombrero, entra y pregunta dónde está la ruleta. Ante el asombro de los habituales, el mozo lo lleva ante una larga mesa. Eugenio, seguido de todos los espectadores, pregunta sin azorarse dónde hay que colocar la puesta [...] Pone Eugenio los cien francos en el número de sus años, veintiuno. Suena un clamor de asombro antes que haya podido él darse cuenta. Había ganado sin saberlo. [Desoyendo la advertencia de que] no se gana dos veces seguidas con ese sistema [Eugenio juega otra vez y vuelve a ganar]. El público le mira con envidia [99].” Cuando reúne el dinero que Delfina necesita, deja la casa de juego y regresa junto a ella para entregárselo. La joven “abrazole con un apretón loco y le besó vivamente, pero sin pasión.” Luego le abre su corazón: “Usted me ve rica. Pues bien: sepa usted que monsieur de Nucingen me reduce a una secreta miseria por cálculo. Yo soy demasiado orgullosa para mendigarle. Me comía el dinero de mis ahorrillos y el que mi pobre padre me daba; luego me entrampé [99]. Momentos tuve en que envidié la suerte de una criada [...] He ahí la vida de la mitad de las mujeres de París: lujo exterior, crueles preocupaciones en el alma [...] Pobres mujeres hay que hacen ayunar a sus hijos y rebañan para comprarse un vestido [100].” Luego, su pensamiento vuela a su amante. “¡Ah, esta noche no tendrá monsieur De Marsay derecho a mirarme como a una mujer que ha pagado! Gracias a usted me veo libre y alegre. Ahora quiero vivir con sencillez [101].”

Delfina envía seis mil francos a su acreedor y entrega a Eugenio los mil sobrantes. Después de cenar, ambos van a los Italianos. “Fue aquélla para ellos una noche embriagadora [...] Al volver a casa a pie, con un bello claro de luna, [Eugenio] sentíase feliz por una aventura cuyo desenlace probable le haría dueño de una de las más lindas y elegantes mujeres de París [102].” Luego, en la pensión, el joven cuenta todo a Goriot, al que da los mil francos y su chaleco, portador de las lágrimas de Delfina. El anciano se conmueve: “¡Mi hija llorando y yo sin saberlo! ¡Yo, yo, que

vendería al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por ahorrarles una lágrima a las dos!” “A fe mía –dijose Eugenio al meterse en la cama–, creo que toda mi vida seré honrado. Es un placer seguir los dictados de la propia conciencia.” Estas palabras hacen reflexionar al autor: “Es posible que sólo aquellos que creen en Dios sean capaces de hacer el bien en secreto, y Eugenio creía en Dios [103].”

Al día siguiente, en el baile de la duquesa de Carigliano, Eugenio obtiene un gran triunfo: “Todos los jóvenes le lanzaban miradas de envidia [...] Al cruzar por entre los grupos, oyó ponderar su suerte. Las mujeres todas le predecían éxitos [104].” De regreso, consigue besar a Delfina. “Pasaron varios días, durante los cuales llevó Rastignac la vida más disipada. Cenaba todas las noches con madame de Nucingen, a la que acompañaba al gran mundo. Volvía a casa a las tres o a las cuatro de la madrugada, se levantaba a mediodía para arreglarse e iba a pasear por el Bois con Delfina. Jugaba fuerte, perdía o ganaba en gordo. Y acabó por acostumbrarse a la desorbitada vida de los jóvenes parisienses. De sus primeras ganancias devolviéales mil quinientos francos a su madre y hermanas, acompañando su restitución de lindos regalos [105].”

Como era de esperar, no tarda Rastignac en entramparse. Sus gastos son muchos; los ingresos, alguna ganancia en el juego. “Pero con todo y gemir bajo las punzantes acometidas de su precaria situación, sentíase incapaz de renunciar a los excesivos goces de aquella vida [106].” Además, Delfina se resiste a una entrega más generosa de sus dones. La propuesta de Vautrin gana enteros en su ánimo y no tarda en cortejar a Victoria Taillefer. Comprendiendo los motivos, Vautrin ofrece al joven dinero con que saldar sus deudas. Vautrin interpreta el rechazo de Rastignac: “Orgullosa como un león y pacata como una señorita. Sería una buena presa para el diablo. ¡Ah! Si usted quisiera ser mi discípulo, lo haría llegar a todo. Pero aún conserva escrúpulos y no quiere quedarse obligado. No se preocupe. Escríbame aquí: Aceptado por la cantidad de tres mil quinientos francos... El interés es lo bastante alto para quitarle a usted todo escrúpulo: puede llamarme judío y considerarse libre de todo agradecimiento. Le permito que siga despreciándome hoy, seguro de que mañana me tomará cariño. –Pero, ¿qué clase de hombre es usted? – Yo soy un buen hombre que quiere enfangarse para que usted esté al recaudo del fango el resto de su vida [109].”

Rastignac coge el dinero y firma la letra entre los elogios de Vautrin: “Un hombre es Dios cuando se le parece a usted; no es ya una máquina forrada de piel, sino un teatro donde se agitan los más bellos sentimientos. Usted es un hombre superior [110].” El dinero recibido le permite volver a casa de madame de Restaud y saldar sus deudas de juego. Esa tarde, la suerte le sonrío y gana lo suficiente para también quedar en paz con Vautrin. Primeros datos sobre la identidad de este hombre: se llama Santiago Collin, alias *Burla-la-muerte*, y desde que se fugó del penal de Tolón mantiene una especie de sindicato del crimen [112]. La policía le ha puesto cerco y ofrece una buena suma a mademoiselle Michonneau para que drogue y registre al delincuente.

Desesperado por la marcha de su asunto con madame de Nucingen, Eugenio corteja a Victorina “luchando con su conciencia, sabiendo que hacía mal y queriendo hacerlo, diciendo que ya repararía ese pecado venial haciendo feliz a una mujer [116].” Vautrin prepara una provocación al hermano de Victorina, que se saldará con un duelo. Muerto éste la joven se convertirá en heredera [117]. Goriot revela a Eugenio un secreto: él y su hija han preparado un piso para instalar al joven.

El viejo espera alojarse en un cuarto dependiente de ese piso, para estar cerca de Eugenio en todo momento. Enternecido éste, comprende la necesidad de parar el plan de Vautrin y encarga a Goriot que, mientras él visita a Delfina, alerte a monsieur Taillefer. Enterado Vautrin, los emborracha a ambos durante la cena con vino narcotizado [123]. Ese mismo procedimiento es usado contra él por mademoiselle Michonneau, siguiendo las instrucciones del jefe de policía Gondureau, quien piensa matar al criminal [127]. “El día siguiente estaba llamado a figurar entre los días más extraordinarios en la historia de la casa Vauquer [128].”

Eugenio recibe una nota de Delfina, pidiendo explicaciones por el plantón. Poco después, un criado de Taillefer hace saber a Victorina que su hermano ha muerto y su padre la llama a su lado. Ante la insinuación de madame Vauquer sobre la buena elección de Rastignac, éste exclama “con un sentimiento de horror y asco que sorprendió a todos: Yo no pienso casarme con mademoiselle Victorina” [130]. Poco después, Vautrin se desploma por efectos del narcótico. Michonneau se encarga de desvestirlo, pudiendo ratificar la identidad de Vautrin por dos letras impresas en su hombro. La situación despierta sospechas en Bianchon, el joven estudiante de medicina, que aplica un vomitivo a Vautrin y toma muestras de las materias devueltas. Asombrado por la fortaleza del enfermo, Bianchon exclama: “Mademoiselle Michonneau hablaba ayer de un tal monsieur apodado *Burla-la-muerte*; no le iría mal a usted ese mote.” Al oírlo, Vautrin fulmina con su mirada a la vieja, que se desmaya. En ese instante, se escucha ruido de fusiles en la calle y un grupo de agentes y soldados irrumpen en la sala, deteniendo a Vautrin [135], “aquel hombre que no era un hombre, sino el prototipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y lógico, brutal y flexible.” Mientras los soldados incautan sus bienes, Collin [Vautrin] desgrana un discurso, revelando la identidad de su delatora y agradeciendo a los demás huéspedes el trato recibido. Cuando la policía se lo lleva, Bianchon promulga que “mademoiselle Judas” debe abandonar la pensión. Al poco, llega un recadero pidiendo a madame Vauquer que envíe las cosas de Victorina y madame Couture a la casa de Taillefer: “¡Cuatro habitaciones vacías! La desgracia ha entrado en mi casa –exclamó.” Para reforzar sus palabras, llega Goriot en un coche, instando a Eugenio a conocer su nueva casa [140].

“Encontróse Eugenio en un delicioso pisito de soltero, que constaba de una antesala, un saloncito, una alcoba y un gabinete con vistas a un jardín. En el saloncito, cuyo mobiliaje y decoración podían sostener la comparación con lo que haya de más lindo y gentil, divisó a Delfina [...] El estudiante la cogió en sus brazos, la estrechó fuerte y lloró de alegría, sin darse cuenta aún de cómo se habría producido aquel toque de varita mágica [142].” Pero nada de magia: el dinero lo ha puesto Goriot vendiendo su renta perpetua [144].

Eugenio recibe una invitación de su prima, pidiéndole que lleve con él a Delfina. Éste es el mayor sueño de la hija menor de Goriot, que aspira a eclipsar a su hermana Anastasia. Al día siguiente, en casa Vauquer, mientras prepara su traslado, Rastignac sorprende una dramática conversación entre Delfina y su padre. La joven dice que su marido acepta dejarla en libertad a cambio de quedarse con el control de su dinero: “Te permito cometer faltas, si me dejas tú a mí seguir arruinando a pobre gente [154].” Al poco, llega Anastasia que también trae sus penas que contar. Tras un pique entre ambas hermanas, Goriot llama a la calma. Delfina depone su actitud y reconoce que “los cariños de familia son los más firmes [155].” Nasia confiesa que para saldar la deuda de juego de su amante ha vendido los diamantes de su marido, quien al enterarse le ha impuesto vergonzosas condiciones.

La escena alcanza un tono patético con las dos hermanas deshechas en llanto y Goriot bramando venganzas contra su pérfido yerno. Pero al saber Anastasia que su padre ha gastado su último franco en poner un piso al amante de Delfina, las dos hermanas vuelven a dirigirse crudos reproches: “Yo [dice Delfina] he venido aquí, como tú, a sacarle a este pobre padre sus caudales, hasta reducirlo al estado en que ahora se halla. He ahí tu obra, hermanita. –Siempre has sido ruin como el oro. Adiós; no tengo hermana ni... –Eres un monstruo [158].” Goriot interviene, enloquecido: “Hijas mías, callaos o me mato aquí mismo, delante de vosotras [...] ¡Hijas mías, hijas mías, daos un abrazo! Sois dos ángeles.” Y como la disputa no cesa: “¡Ah! ¡Me muero, hijitas! Sed buenas, pues, y quereos. Si no, me mataréis. Vamos Dedel, pídele perdón por darme gusto, que, al fin y al cabo, es la más desgraciada [159].” Las dos hermanas se abrazan en torno al padre, que estalla conmovido: “¡Yo me haré esclavo de quien te salve, Nasia! Mataré a un hombre si me lo manda. Iré a presidio..., yo... –dijo, arrancándose los cabellos–. Si yo supiera adónde ir para robar... pero tampoco es nada fácil eso de encontrar dónde robar. Nada, que tengo que morirme. Sí; no valgo ya para nada. ¡Ah, viejo malvado! Revienta como un perro que eres [160].”

Incapaz de soportar el dolor del viejo, Rastignac, que aún conserva el pagaré en blanco rescatado de Vautrin, escribe sobre él la cifra que Nasia necesita y pasa a la habitación del drama, entregándolo a la joven. Lejos de mostrar agradecimiento, Nasia se siente humillada por la intromisión de un extraño y culpa a su hermana de ello: “Tú no eres ya nada mío; te aborrezco, te haré todo el mal posible...”. Goriot justifica la participación de Eugenio: “Pero si es mi hijo, nuestro hijo, tu hermano, tu salvador –gritaba–. ¡Anda y abrázalo, Nasia! Mira cómo yo lo abrazo. ¡Oh hijo mío! Yo seré para ti más que un padre, toda una familia quiero ser. ¡Querría ser Dios para echarle a los pies el universo! Pero, ¿no le das un beso, Nasia? Éste no es un hombre sino un ángel [160].” Sin atender a los ruegos de su padre, la condesa se va, llevándose el pagaré. En la habitación prosiguen los despropósitos. Goriot implora a Delfina: “Consuela a Nasia, sé buena con ella, prométeselo así a tu pobre padre, que se muere. –Pero, ¿qué tiene usted? –Nada...; ya se me pasará [161].” Entonces vuelve Anastasia para pedir perdón. O, más cierto, para que su padre firme el endoso del pagaré. Delfina dice: “Esa pobre Anastasia ha tenido siempre un genio muy vivo, pero tiene buen corazón [161].” Goriot quiere dormir y se acuesta. Pero al rato dice que quiere salir y se levanta. Balzac ha encadenado una escena chispeante en el comedor con una lamentable en el cuarto de Goriot: lo mejor (si exceptuamos las cartas entre Eugenio y su familia) y lo peor de la novela.

Goriot ha sufrido mucho, pero aún le queda lo peor. Al día siguiente Nasia se presenta de nuevo para decirle que al no poder pagar un vestido bordado en oro para ir a la fiesta, ha pedido el dinero prestado a su doncella. Goriot vende sus últimos cubiertos de plata para que su hija pague el vestido y lave su afrenta despidiendo a la criada [166]. Momentos antes de la fiesta, Goriot yace moribundo. Así se lo hace saber Eugenio a Delfina, convencido de que la joven suspenderá toda diversión, pero ella “era capaz de pasar por encima del cadáver de su padre con tal de ir al baile.” A la joven le irritan las pretensiones de Eugenio y éste se hace “las más tristes y desalentadoras reflexiones. Veía el gran mundo cual un océano de fango. ‘¡No se cometen en él sino crímenes mezquinos! –pensó–. Vautrin es más grande.’ Su pensamiento llevolo al seno de su familia. Recordó puras emociones de aquella vida plácida [...], conformándose con las leyes naturales del hogar doméstico [167-168].”

Eugenio lleva a Delfina a la fiesta de madame de Beauséant, que lo recibe a la entrada y le encarga que vaya a buscar a su ex amante para pedirle sus cartas. Eugenio va, vuelve, recibe las confidencias de su prima... todo como si hubiera ido solo a la fiesta: al autor le estorba Delfina y la obvia (más tarde, la menciona de pasada para volver a deshacerse de ella). “A eso de las cuatro de la madrugada empezaba a despejarse el gentío de los salones. La duquesa de Langeais y Rastignac encontráronse solos en el gran salón [...] Fuese de allí Rastignac a eso de las cinco. Volvió a pie a la casa Vauquer [172].”

A Goriot le quedan sólo dos días de vida, que tratan de estirar aplicándole lavativas y sinapismos hirviendo: “Si grita, aún habrá esperanza. Hay en los Incurables un viejo alelado [que] padece horrores pero vive [174].” Al oír hablar de sus hijas, el viejo recobra la lucidez: “Ninguna vendrá. Tienen asuntos. Están durmiendo. Ya lo sabía. ¡Ah, amigo mío, no te cases, no tengas hijos! Les das la vida y ellos te dan la muerte. Los traes al mundo y ellos te echan de él. Ya hace diez años que lo sé: las dos tienen corazones de piedra. ¡Las muy miserables! En sus primeros tiempos de casadas me mimaban por mi dinero. El mundo no tiene nada de bello. ¡Yo puedo decirlo, pues lo he visto! [177].” El lamento delirante del viejo egoísta y torpe, que sólo ha sabido adquirir cariño y respeto pagándolo, se prolonga a lo largo de cinco páginas interminables. “¡Manden a buscarlas por los gendarmes, a la fuerza! ¡Tengo de mi parte a la justicia; todo está de mi parte, la naturaleza y el código! La ley manda que vengan a ver morir a su padre. La patria sucumbirá si se pisotea a los padres. La sociedad, el mundo, giran en torno a la paternidad, y si los hijos no quieren a sus padres, todo se viene abajo [178]. Pero ¡hay un Dios en los cielos y ese Dios nos venga a nosotros los padres! [179]”

Eugenio va a las casas de las dos hijas, encontrándolas enfrascadas en serios problemas con sus respectivos maridos. A la casa Vauquer llegan Teresa, criada de Delfina, y Anastasia, que se muestra arrepentida: “¡Perdonadme, padre mío! Vuestra bendición es la única que en lo sucesivo podré recibir en este mundo. Todos me odian, sólo vos me amáis. ¡Ay! ¡Por quién fui a traicionar al único corazón –señalando a su padre- que me adoraba! No supe apreciarle, le hice mil cosas malas, infame que soy [186].” Pero Goriot ya no la oye. Poco después, expira. Eugenio trata sin éxito de conseguir algún dinero para la misa. Su ira estalla cuando ve en manos de madame Vauquer el medallón que contenía los cabellos de las dos hijas: “¿Cómo se ha atrevido usted a coger esto? Siquiera que se lleve consigo lo único que puede representar a sus dos hijas [189].” El cortejo se reduce a Eugenio, Cristóbal, criado de la pensión, y sendos carruajes de Restaud y Nucingen. “Miró Eugenio la tumba y en ella enterró su última lágrima de joven, esa lágrima arrancada por las santas emociones de su corazón puro, una de esas lágrimas que, de la tierra en que caen, rebotan hasta los cielos. Dio unos pasos hacia lo alto del cementerio y vio París tortuosamente acostado a lo largo de las dos orillas del Sena. Lanzó sobre aquella bordoneante colmena una mirada que parecía sorberle por adelantado su miel y pronunció estas grandiosas palabras: -¡Ahora nos las veremos los dos! Y, como primer acto del desafío que lanzaba a la sociedad, Rastignac fue a cenar con madame de Nucingen [190].”

Saché, septiembre de 1834.

ACERCA DEL AUTOR

Moralista

En Balzac, la denuncia moral es tibia. Por un lado responsabiliza al hombre de sus actos, pero por otro no deja de poner su albedrío en entredicho mediante la insistente presencia de Dios, con más de ochenta invocaciones de todo tipo: *Dieu, mon Dieu, le bon Dieu, la parole de Dieu, la volonté de Dieu, tonnerre de Dieu, Dieu est just, si beau que Dieu, Dieu vous protège, Dieu vous entend, Dieu merci!, je prierais Dieu pour vous, Dieu sait comme!, Dieu les a créés, Dieu les écoute...*

Igualmente ambiguo se muestra sobre la conveniencia de los vínculos familiares: “Los cariños de familia son los más firmes [155]. ¡Abajo el matrimonio! [180] ¡Debe usted amar a sus padres! [180] ¡Ah, amigo mío, no te cases, no tengas hijos! Les das la vida y ellos te dan la muerte. Los traes al mundo y ellos te echan de él [177].”

Filólogo

En cuanto al lenguaje, Balzac es muy sensible al uso que sus compatriotas hacen de él. Madame Vauquer “se empeña en pronunciar *tilios*, pese a las observaciones gramaticales de sus pensionistas [9].” Uno de ellos, Poiret, “no decía nada al hablar, razonar o responder; pero tenía la costumbre de repetir con otras palabras lo que los demás decían [25].” El autor le llama “Poiret, el idemista [34].” Madame de Langeois nombra al protagonista como Foriot, Lorient, Moriot, Doriot... [56]. El autor se siente particularmente indignado por “esas bobadas que en ciertas clases parisienses constituyen un ingenio drolático, en el que la necesidad es el principal elemento y cuyo mérito estriba particularmente en el gesto o en la pronunciación. Esa especie de argot está cambiando sin cesar. El chiste que le da pie no cuenta jamás un año de existencia. Un acontecimiento político, un proceso criminal ruidoso, una canción callejera, las payasadas de un cómico, todo sirve de pábulo a ese juego de ingenio. La reciente invención del diorama había introducido en algunos estudios de pintor la gracia de hablar en *rama*, especie de broma que un pintor joven, abonado a la pensión Vauquer, inoculara a sus compañeros [38].” Algunos ejemplos: “¿Cómo va esa *saludrama*? [38] Hace un *frigorama* magnífico! [38] Un pequeño *muertorama* [186].”

Citas literarias: Voltaire [8], Juvenal [16, 173], Cellini [72], Don Quijote [85], Chateaubriand [85], Walter Scott [89], Molière [89], Rousseau [93, 173], Saint-Just (ópera *El Califa de Bagdad*) [112], Byron [146], Ilíada [171].

Creador de personajes

Se dice que Balzac escribió la novela en el transcurso de tres días y tres noches. Parece exagerado, pero lo cierto es que los dos rasgos característicos del relato son la facilidad narrativa y la incuria.

Son un ejemplo de maestría las cartas cruzadas entre Eugenio, su madre y su hermana, en las que se expresan la ambición irreflexiva, el sacrificio consciente

y la alegría sin sombra que mueve a cada uno de ellos. Fuera de estos textos, la enorme sombra de Balzac oscurece toda la historia.

A Goriot, viejo egoísta y torpe, que sólo ha sabido adquirir cariño y respeto pagándolo, le da la réplica Eugenio, joven que derrama sobre la tumba del viejo “una lágrima arrancada por las santas emociones de su corazón puro [190].”

El autor se muestra particularmente burdo al trazar la trayectoria de Eugenio de Rastignac, al que primero describe como un pelagatos para atraer sobre él la compasión del lector, y luego le abre las puertas del gran mundo parisino mediante un lazo familiar inesperado. En realidad, el joven protagonista no es mejor que los otros personajes: derrocha los ahorros de su familia, se envicia con el juego y seduce con engaño; pero Balzac lo redime recurriendo a toscos artificios: para que Eugenio pueda saldar sus deudas sin caer al fango (como caen sus otros personajes) le basta con manipular el mecanismo de la ruleta haciendo que se pare en el número escogido por el joven tantas veces como sea necesario; para aliviar el agravio de la joven seducida basta con dotarla de una herencia fabulosa y no se hable más del asunto. Estas soluciones resultan tan inverosímiles que incluso el propio autor las llama “toques de varita mágica [142].”

A esta categoría pertenece el episodio del pagaré en blanco que Rastignac, tras rescatar de manos de Vautrin, no rompe, sino que deja por ahí al alcance de cualquiera. Con este gesto absurdo, Balzac pretende mostrar el corazón de oro de su pupilo.

La manaza de Balzac se hace ostensible incluso en escenas de poca importancia: “Vautrin, el tío Goriot y Rastignac bajaron juntos y se encontraron, debido a su retraso, colocados en la mesa uno al lado del otro [121].” Para lograr esta indiscreta proximidad, tan conveniente a los planes del autor, éste se salta la costumbre arraigada en todas las pensiones de que cada inquilino tenga su sitio fijo en el comedor.

En general, las composiciones de grupo no son buenas. Las más de las veces resultan descuidadas: en la reunión entre Goriot, Delfina y Rastignac [140,...] tan pronto están todos juntos, como a varios metros de distancia, tan pronto se dicen algo al oído como se levantan (pero ya estaban de pie) para decir la frase siguiente. En la fiesta de madame de Beauséant, hace que Eugenio lleve a Delfina para luego encargarse al joven otros menesteres, olvidándose de ella [172].

Tampoco anda Balzac muy fino como conductor de las emociones del lector. Sus personajes, también los masculinos, lloran con suma facilidad para invitar al lector a compartir sus emociones. Sublima la figura de un personaje mediante afirmaciones directas: “todos los jóvenes le lanzaban miradas de envidia [...] Al cruzar por entre los grupos, oyó ponderar su suerte.” El alegato final a favor del patriarca resulta interminable. Lejos de conmovido, el lector se siente hastiado y desea que Goriot se muera de una vez, aunque sólo sea porque se calle.

Balzac es manipulador. No deja dudas sobre qué personajes gozan de su desfavor, convirtiéndolos en muñecos de ventrílocuo: así, el banquero Nucingen haciendo una cínica proposición a su esposa adúltera: “Te permito cometer faltas, si me dejas tú a mí seguir arruinando a pobre gente [154].”; o el jefe de policía declarando en público su proceder ilegal: “Cuando tropezamos con hombres como

Collin nos queda el recurso de matarlos si, al detenerlos, les da por hacer la menor resistencia. Así se evita el proceso, los gastos de guardia y manutención y se libra de una plaga a la sociedad. Los procedimientos, las citaciones de los testigos, sus indemnizaciones, la ejecución, todo lo que con arreglo a la ley debe librarnos de esos granujas, cuesta. Se economiza tiempo dándoles un buen bayonetazo en la tripa. Eso es una buena Policía. Según los verdaderos filántropos, conducirse así es prevenir los crímenes [128].”

ACERCA DE LA EDICIÓN

La edición de Orbis está bien provista de anotaciones a pie de página sobre citas a obras o autores, pero incurre en demasiadas erratas: “¿Qué buena era la pobre!” [18]; “abotagada” [24]; “labio interior” por “inferior” [24]; “y se las tiñe?” sin apertura de interrogación [30]; “usted” [31]; “dedirle” [34]; “un tercera persona” [49]; “de Langeais anunció” por “de Langeais –anunció” [52]; “nuestro primo de Beauséant” por “nuestra prima” [75]; “de que no se atreven a hablar de los jóvenes” por “de las que no se atreven a hablar los jóvenes” [95]; “galentería” [97]; “Victoriana” por “Victorina” [108]; “apresúrate” por “apresúrase” [112]; “Al llegar a la casa, Vauquer” por “Al llegar a la casa Vauquer,” [116]; “liso” por “listo” [166].